

el derecho que teneis para estar asociados.» No obraba de este modo uno de los hombres mas eminentes que produjo la América española, el gran Portales. Cuando se le advertia el prodigioso incremento que tomaba en Chile un instituto venido de Francia, cuyos colegios contaban sus alumnos por centenares y cuyos directores ninguna licencia tenian del gobierno para vivir en comunidad y del mismo modo que lo hacen los miembros de todos los otros establecidos en el país: «Dejad, decia, la utilidad que traen al país es el mejor decreto que garantiza su establecimiento.» Tal es la manera de obrar del profundo político á quien anima el verdadero amor á su patria.

Una sociedad de señoras está encargada en Buenos Aires de la direccion de los establecimientos de beneficencia para el sexo débil. Muy laudable es sin duda el celo con que tantas personas distinguidas por su posicion social se consagran al bien de sus semejantes en los ejercicios penosos que les ofrece la visita á los hospitales, casas para dementes y escuelas de niñas. De todos estos establecimientos el que nos pareció mejor organizado fué el Colegio de huérfanas que ocupa el antiguo convento de la Merced. Contaba un buen número de alumnas, hijas la mayor parte de padres á quienes la guerra civil y los continuos trastornos políticos han envuelto en la desgracia, y en él se les enseña lo necesario para poder ganar su subsistencia honradamente. A treinta y ocho llega el número total de las escuelas que sostiene aquella sociedad y entre todas cuentan tres mil alumnos.

Muy singular me pareció no encontrar jamas, ni en los

discursos que la presidenta dirige á las asociadas en sus reuniones, ni en la cuenta anual que dan al supremo gobierno de la marcha de la sociedad, esta bella y ardiente palabra «caridad.» Siempre se habla allí de beneficencia, y la beneficencia tambien es siempre tan estéril en sus resultados como lo es fecunda en los suyos la caridad cristiana. El catolicismo ha reglado el sistema conveniente para esta clase de instituciones, y los resultados de ese sistema son la demostracion mas concluyente de su bondad. Cualquiera alteracion que en él se introduzca, lo desvirtúa y esteriliza completamente. El catolicismo busca ántes de todo desprendimiento absoluto de sí mismo y abnegacion completa en las personas llamadas á desempeñar los ministerios de ardiente caridad en las casas de misericordia, y no busca en los individuos esas calidades de un modo cualquiera, sino tan vivas y tan eficaces que puedan grabarlas, por decirlo así, en el corazon y en la voluntad de aquellos á quienes prestan sus servicios. El sufrimiento, el dolor y la adversidad no se mitigan sino de un modo pasajero con los consuelos materiales que presta la oficiosidad de las personas compasivas; la religion descubre al alma el secreto de gozar en los sufrimientos y de amar las adversidades. Y esta religion debe servir por eso de base á todo otro auxilio que se conceda á las personas desgraciadas. Muy estéril es, hemos dicho, la beneficencia para obrar el bien, porque, en efecto, el círculo de su accion no comprende sino al hombre material; no se eleva de sobre la tierra para buscar motivos tales que en circunstancias diferentes le hagan obrar del mismo modo, ni en el alma

del que sirve de instrumento á las obras que ejecuta produce mas emociones que las que siente todo hombre cuando encuentra halagado su amor propio. Por eso nos pareció triste que á las jóvenes educandas de la sociedad de beneficencia no se les hablase el idioma inflamado de la caridad, ni se inculcasen en su tierno corazon otros motivos para obrar bien que los vanos y pueriles que aducen los que desconocen los movimientos nobles, sublimes é inefables de la caridad. « Obrabais el bien sin otro estímulo que el bien mismo. Perseverad en tan buen camino y no dudeis que á mas de las satisfacciones de un deber cumplido, gozaréis en adelante de la estimacion y del respeto público. » Así hablaba á sus asociadas y á las jóvenes educandas la presidenta de la sociedad; y ciertamente son de otra especie y muy superiores á estos los motivos que para obrar bien tiene el que cree y espera. La estimacion y el respeto público no son para este mas que un fantasma. A su alma noble y generosa no puede satisfacer una recompensa que pende de los hombres, caprichosos, inconstantes é ingratos casi siempre. ¡Y sería triste por cierto que el hombre estuviese llamado á recompensar sacrificios cuyo valor no comprende las mas veces! No : no puede ser la estimacion pública ni el respeto de sus conciudadanos lo que mueva á obrar bien al hombre inspirado por la religion : es Dios, cuya imagen viva y radiante ve en los demas hombres; es el cielo, cuya senda le abre la caridad. « Haced el bien y tendréis en vuestro favor la opinion pública; haced el bien por la satisfaccion que os ha de producir, » será en concepto de algunos equivalente á decir : « No hagais el bien cuando

ninguno ha de apercibirse de vuestras obras, ni lo hagais cada vez que no pueda llenaros de satisfaccion. » El Evangelio rechaza una moral semejante, ¡y esta se desprende sin embargo de aquellos principios! Indiqué á una de las señoras asociadas este vacío que encontraba en su institucion. — « Mas si nuestra sociedad, me dijo, se llamase de caridad en vez de beneficencia, ó si en nuestras memorias hablásemos de Dios, de religion, ó de caridad, se nos llamaria « Beatas » y caeríamos en ridículo... » ¡Cuán triste es encontrar tan mezquinas preocupaciones mezcladas con las obras mas santas! La revolucion de ideas que acompaña en todas partes á la revolucion política ha hecho nacer en América muchas tan falsas y vulgares como esta. Subiendo á una época poco distante de la nuestra, encuentro en Buenos Aires un bello modelo de caridad cristiana, de esa caridad que sin creer ni esperar nada del mundo, ni nada de los hombres, encuentra arbitrios en todas partes para realizar obras admirables en favor del prójimo. No hace todavía medio siglo que recorría las calles de aquella capital una mujer venida de Corrientes; buscaba las niñas huérfanas á quienes la indigencia expone al mayor de los peligros, y con ternura de madre las conducía á una pobre casa que habia preparado en un extremo de la poblacion. Allí las instruía en la religion que derramaba sobre sus corazones el raudal de consue- los que á los desgraciados concede la fe. Allí las enseñaba el trabajo con que habian de ganar el pan de cada dia, y allí las preparaba contra los escollos de que está sembrada la presente vida y en los que tropieza quien no vive prevenido. En otro lugar, la piadosa mujer recogía á las

arrepentidas de sus extravíos y les proporcionaba los medios de subsistencia en vida regular. No satisfecha aun con tantas bellas obras, trabajaba por moralizar á la multitud gastada por la ignorancia y exacerbada por la revolucion. Procuraba sacerdotes que predicasen, y cuando habia reunido un buen número de individuos, en el retiro de los ejercicios espirituales los disponia para principiar una vida honrada y laboriosa. Estos asilos fueron durante mucho tiempo los únicos que tuvo la caridad en Buenos Aires. Su fundador no cuidó de que el público conociese su obra, ni jamas celebró juntas, ni levantó actas donde se puntualizasen las jóvenes inocentes salvadas, las pobres vergonzantes socorridas, las mujeres descarriadas reducidas á mejor vida, los ignorantes instruidos y, en fin, tantos seres desgraciados por los vicios, rehabilitados por su celo y diligencia; su obra, sin embargo, era conocida de Aquel que « cuenta los pasos de los que le sirven. » Esta es la caridad verdadera á quien ninguna ambicion, ningun interes, ninguna segunda intencion mueve, como generalmente sucede en las acciones del hombre. Estas son las obras de la abnegacion que no conocen mas estímulo que los del corazon inspirado por la fe, ni esperan mas recompensa que la eterna. Estos rasgos tan hermosos y que no obstante pasan desapercibidos, son como las bellas flores que nacen en los valles solitarios bajo el riego espontáneo de los cielos.

En los hospitales nada encontré notable; al contrario, todo es pobre y lo parece tanto mas cuando se observa que eran crecidas las rentas de estos establecimientos al tiempo de su ocupacion por el gobierno civil. Una re-

flexion se ofrece naturalmente al visitar estos establecimientos y es: ¿Qué hizo el gobierno con las cantidades arrebatadas á la Iglesia? Esta es una pregunta difícil de responderse. Esas cantidades fueron ingentes; del seminario de Buenos Aires solamente tomó ochenta mil pesos en dinero. Nada, sin embargo, aparece hoy haberse hecho con sumas tan considerables. Mientras tanto, una triste verdad está de manifiesto en todas partes, y es que cuantas instituciones debieron fomentarse con los bienes de la Iglesia, ó decaen ó concluyeron ya del todo, y las que se formaron sobre las ruinas de estas no viven animadas por el soplo viril del espíritu de caridad, único que sostiene y hace fecundas obras semejantes.

Lleva el nombre de seminario un colegio dotado en parte por el Estado y en parte por la pension que pagan los alumnos. Un eclesiástico celoso ha hecho sacrificios de todo género en favor de este establecimiento; los frutos que hasta hoy ha recogido no han sido halagüeños sin embargo. Se proponia formar en él un buen clero, se proponia tambien dar á la juventud educacion moral y religiosa, objetos ambos que hacian necesario un gran número de hombres á propósito para realizarlos. El estado diminuto del clero de Buenos Aires y las necesidades religiosas y morales de la diócesis exigian con urgencia la existencia de un establecimiento donde se formasen sacerdotes idóneos para conocerlas. Mas la educacion del clero requiere que los colegios donde esta se reciba estén sometidos al obispo exclusivamente y no sean regidos por otras leyes que por las que ha dado la Iglesia con ese objeto. El obispo de Buenos Aires

comprendía bien esto mismo y ha procurado organizar un verdadero seminario bajo las bases dispuestas por la Iglesia. Sin estar en posesion de alguna de las rentas que sus antecesores dieron al seminario conciliar, y sin tener á su disposicion mas recursos que los que le franquea el deseo ardiente de hacer bien á su diócesis, educa para el sacerdocio cierto número de jóvenes reunidos en una casa de su propiedad. Esta conducta noble, caritativa y celosa del ilustre prelado de la Iglesia argentina, basta por sí sola para refutar las invectivas de los que, encontrando faltas en algunos individuos del clero, acusan á los obispos de no hacer bastante para mejorarlo. Mucho habrian hecho los obispos reclamando del gobierno la devolucion de las rentas que tomaron á sus seminarios y deben ser invertidas en educar para la Iglesia ministros idóneos; mucho habrian hecho representando á sus diocesanos las necesidades de su Iglesia para que las socorriesen segun la posibilidad de cada uno; pero el celo del obispo de Buenos Aires pasó mas allá invirtiendo su patrimonio en dotar á su diócesis del clero que le conviene. Ninguno conocia mejor que el señor Escalada los males que acarrea la falta de buen clero, porque, ocupado de continuo en visitar su vasta diócesis, ha palpado males que solo se conocen cuando son observados de cerca por aquellos á quienes afectan. Aplicó á muchos la medicina necesaria, trató de buscar á los demas la que les convenia, y lleno del celo que le distingue, ningun género de sacrificios ahorró, porque fuese en todas las parroquias del Estado enseñada por los curas y conocida por los feligreses la única doctrina que forma

para la sociedad buenos y útiles ciudadanos. Podriamos puntualizar muchos rasgos de aquel celo cuyos efectos han sentido y sienten aun los habitantes de la campaña de Buenos Aires; pero como la naturaleza de nuestro escrito no lo permite, repetiremos solamente las expresiones con que el gobernador del Estado, hablando al Cuerpo legislativo, le tributaba el homenaje debido de justicia. « Llamo vuestra atencion, señores, sobre los efectos que produce la visita que el obispo diocesano acaba de hacer en diversos pueblos de la campaña. La moral pública se ha mejorado inmensamente: por todas partes ha derramado el pastor á manos llenas los beneficios de la religion, dando así él como los sacerdotes que le acompañaban muestras inequívocas de celo y de abnegacion evangelica. »

